

¡Ved el entusiasmo, el santo delirio que reina en el oficio que cantan nuestros sacerdotes! escuchadles:

«Colina de Sion, estremécete de gozo... Hijas de Jerusalem, vestíos con vuestros trajes de fiesta, y entonad, entonad nuevos cánticos.

«Levántate, Jerusalem; sacude el polvo de tu cabellera; rompe la cadena que aprisiona tu cuello; levántate, tu Salvador ha venido.

«Has sido vendida, y ahora el Señor te rescata; canta, Jerusalem.

«El Señor ha dicho: Assur oprimió á mi pueblo; la injusticia y la crueldad pesaron sobre él; es preciso que le dé la libertad; antes hablaba, mas ahora, héme aquí.

«La paz y la abundancia nacen con el día del Señor.

«La verdad ha salido de la tierra, y desde lo alto del cielo la justicia ha fijado en nosotros su mirada.

«¡Cantemos, pues, cantemos nuevos himnos al Señor, y cante con nosotros toda la tierra!

«Cantemos al Señor y bendigamos su nombre.

«Anuncieemos al universo el día de su salvacion.

«¡Recuerden las naciones entre sí los prodigios que ha obrado, y abandónense los pueblos al gozo!

«Verdaderamente nuestro Dios es grande, su nombre es digno de alabanza, y su poder domina cuanto existe.

«¿Qué son los dioses de las naciones extranjeras comparados con nuestro Dios? Demonios del abismo, al paso que nuestro Dios es el criador del cielo y de la tierra, del firmamento con sus estrellas y del mar con sus inmensas olas.

«Regocíjese el cielo, rebose la tierra de alegría, agítese el mar y encrespe sus ondas en señal de gozo; estremézcense de placer los campos y cuantas plantas en ellos crecen, porque el día del Señor ha llegado <sup>1</sup>.»

Así celebran los cristianos el bello día de Navidad; decidme ahora, ¿puede haber para el indiferente y el impío mayor castigo que no sentir ninguno de los placeres de esta fiesta, que ver en el día de Navidad un día como los demás?

VI. Disposiciones para la fiesta.— Para evitar tamaña desgracia, vamos á Belen, y de rodillas allí delante del pesebre, preguntémo-

<sup>1</sup> Cuadro de las fiestas, pág. 61.

nos á nosotros mismos: ¿Qué quiere de mí este Niño? Y sus tiernos miembros, y sus quejidos, y esa paja y sus pobres pañales nos contestarán:

Quiere curarme. ¿Acaso estoy enfermo? Si; el día de su rebelion, mi primer padre recibió del demonio tres golpes mortales, causándole tres grandes heridas que transmitió á sus descendientes, y son: el desenfrenado amor por las riquezas, el desenfrenado amor por los honores, y el desenfrenado amor por los placeres. Este triple amor fué como una fiebre devoradora; durante cuatro mil años el género humano ha estado en continuo delirio, y se agitaba como un furioso en su lecho de dolores; apoderándose sucesivamente de todas las criaturas para apagar la sed que le devoraba, las atormentó de mil modos para obligarlas á darle un escaso alivio, y postróse luego á sus piés pidiéndoles con voz suplicante la limosna de la felicidad. ¡Vanos ruegos! ¡inútiles esfuerzos! y en su desesperacion maldijo las criaturas todas, maldijo la vida, maldijose á sí mismo, y exclamó por la boca del mas feliz de los mortales: *Vanidad, mentira, dolor, todo es decepcion* <sup>1</sup>. *Mejor es el día de la muerte que el día del nacimiento* <sup>2</sup>.

Y durante este tiempo, el hombre olvidó á Dios, olvidó su fin, y olvidó su naturaleza; criado entre honor y gloria, se hizo semejante á los animales estúpidos; y como un torrente alimentado por tres copiosas fuentes, la iniquidad se esparció por la superficie de la tierra, y corrieron por ella rios de sangre y de lágrimas; reinó la esclavitud, y el demonio gozó por mucho tiempo de un insolente triunfo.

Yo he heredado las tres heridas de mis padres, y sin cesar tienden á cubrirme enteramente de una asquerosa llaga; cuando hé aquí que llega para curarme este divino Niño. Al desenfrenado amor de las riquezas, de los honores y de los placeres, o pone la pobreza, la humildad y el sufrimiento, y me dice: Hijo mio, desprende tu corazon de tales cosas; yo he descendido del cielo para instruirte, y predicándote el mundo, como predica, una doctrina contraria á la mia, ha de suceder una de ambas cosas; ó yo me equivoco, ó el mundo te engaña <sup>3</sup>. Sin embargo, yo soy la eterna Sabiduría, y no puedo inducirte ni ser inducido en error. Tu propia razon, tu experiencia,

<sup>1</sup> Eccles. 1, 2.

<sup>2</sup> Id. vii, 2.

<sup>3</sup> Christus elegit quod salubrius judicat, vos eligitis quod reprobatur, quis

la experiencia de los demás, ¿no están acaso de acuerdo con mi doctrina para decirte: Las riquezas, los honores, los placeres no pueden hacer tu felicidad, en cuanto son bienes perecederos y tú eres inmortal, en cuanto son bienes finitos, y los deseos de tu corazón son infinitos? ¿Qué me costaría decirte que amases las riquezas, los honores y los placeres, á fin de no contrariar tus deseos? Mas, semejante doctrina y semejante conducta harían tu desgracia, y te amo demasiado para engañarte de este modo: intrúyete, pues, en mi pesebre.

¡Ah! sí, escuchemos con respeto las lecciones del pesebre; amémoslas, practiquémoslas, y á este precio obtendremos nuestra felicidad; por ignorarlas fué desgraciado el mundo antiguo; por haberlas practicado gozó la tierra dilatados siglos de dicha y de gloria, y por haberlas olvidado se ha convertido la sociedad moderna en una sangrienta arena, donde los hombres armados unos contra otros combaten entre sí como locos enfurecidos por un poco de tierra que llaman oro, y por un poco de humo que llaman honor.

El Hijo de Dios viene á arrebatár del corazón del hombre el objeto constante de sus afecciones desde el pecado original, las criaturas. ¡Dios mío! me sumís en el mayor desconsuelo; mi corazón está hecho para amar, y me es imposible vivir sin amar; al decirme: No amarás, me dais el golpe de muerte. Sí, pero ¡oh bondad, oh sabiduría que jamás amaré ni admiraré bastante! á este precepto va unido otro: Amarás con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, con toda tu alma, no lo finito, no la mentira, no una sombra vana, sino lo infinito, la misma realidad: Dios en lugar de las criaturas.

Y hé aquí que para hacer conocer el nuevo objeto de amor, para tranquilizar al hombre que desde el anatema del paraíso terrenal temblaba, huía y se ocultaba al solo nombre de Dios, que temía tanto su vista como la misma muerte, aquel Dios grande y todopoderoso se hace niño, y se nos presenta bajo la forma mas amable, mas tierna y halagüeña que es posible imaginar. ¡Hombres! comprended las lecciones de Belén, y quedaréis curados; por una parte, dejad de engañar á vuestro propio corazón, desprendedlo de las criaturas; y por otra, cifrad vuestras afecciones en el objeto que os es presentado, en un Dios, vuestro principio y vuestro fin, en un Dios

*prudentialior è duobus?... Aut iste fallitur, aut mundus errat. (S. Bern. Serm. III in Nativ. Dom.).*

hecho vuestro amigo, vuestro hermano, los huesos de vuestros huesos, la carne de vuestra carne. ¿Qué se necesita para ello? Únicamente buena voluntad. Ya lo veis, las condiciones de vuestro Dios no son difíciles de cumplir, pues ¿quién no tiene ó no puede tener buena voluntad? Para llegarse á él no son necesarias ni ciencia, ni educación, ni nobleza.

Curarme; esto es lo que quiere de mí ese Niño. ¿Compréndeslo, corazón mío?

¡Amemos, pues, al Niño de Belén; amemos, pues, al Niño de Belén!<sup>1</sup> Su amor debe excitar tanto mas el nuestro, en cuanto es gratuito, y sobrepuja á todo lo que puede imaginarse. Alma mía, oye la historia que voy á referir: Cierta viajero pisó en su camino á un gusanillo y lo aplastó, y mientras deploraba la muerte del pobre insecto, presentóse á su vista un desconocido y le dijo: Si deseais volver la vida á ese gusano, voy á indicaros un medio para conseguirlo: es preciso que consintais en convertirnos en gusano de tierra y en dejaros abrir las cuatro venas; entonces se formará un chorro con vuestra sangre, y el insecto recobrará la vida. — Os estais burlando, repuso el viajero; pues ¿qué me importa á mí que ese gusanillo resucite ó no? ¿Me creéis tan loco que consienta en dar mi vida para que él recobre la suya? Esta contestación era tanto mas fundada, en cuanto el viajero era hijo de un gran rey, y que el gusano no era un insecto inocente, sino un áspid ingrato que despues de haber hallado abrigo y calor en el seno del ilustre jóven, había intentado quitarle la vida. Sin embargo, héte aquí que el príncipe viajero, movido de infinita compasión, consiente en convertirse en gusano de tierra y en perder la vida para resucitar al reptil; exclamando cuantos tuvieron noticia de este hecho: ¡El príncipe estaba loco de amor! ¡Cuánta seria la gratitud del áspid si fuese capaz de razón!

¡Pues bien! alma mía, lo mismo ha hecho por tí el Hijo de Dios. ¿Quién eres tú, y qué es el hombre sino un gusano ingrato y pérfido? Delante de Dios eres menos que un insecto delante del hombre: y ¿qué importaba á Dios que ese nada rebelde permaneciese sumi-

<sup>1</sup> *Amemus puerum de Bethlehem; amemus puerum de Bethlehem.* ¡Amemos al Niño de Belén; amemos al Niño de Belén! Tal era la divisa y como el grito de guerra del seráfico san Francisco.

Véanse los *Sermones de Navidad* por san Ligorio: en vano se buscaría nada mejor. (*Obras completas*, t. VI).

do en el pecado, y fuese precipitado luego en el infierno como habia merecido? Sin embargo, Dios sintió tal amor por tí, alma mia, que para librarte de la muerte eterna, se hizo primeramente gusano de tierra como tú, y luego para devolverte la vida, consintió en perder la suya y te bañó en su adorable sangre. Sí, así fué, así quiere la fe que lo creamos, y sino escucha: *El Verbo fué hecho carne, y nos lavó con su sangre, y con él nos resucitó*<sup>1</sup>. Y despues de esto, alma mia, ¿podrás olvidarle? ¿Tendrás en el corazon amor bastante para cifrarlo en los animales que te sirven ó te divierten, y no lo tendrás por tu Libertador? ¡Oh! no, no es verdad, y con todo tu corazon exclamarás: *¡Sea anatematizado el que no ame al Niño de Belen!*

VII. Establecimiento de la fiesta.—Esto es lo que reducido á su mas simple expresion ha hecho el Hijo de Dios por el género humano, y en memoria de este milagro de amor la Iglesia ha establecido una fiesta el día 25 de diciembre; pues á la media noche del referido dia del año 4004 del mundo se verificó el grande acontecimiento<sup>2</sup>. San Juan Crisóstomo prueba con toda evidencia que la

<sup>1</sup> Joan. 1, 14; Apoc. xv; Ephes. ii, 6.

<sup>2</sup> Presentase aquí la grande cuestion cronológica. Nadie ignora que existen dos cronologías principales fundadas en la Biblia: la de los Setenta y de los Hebreos; la primera se encuentra en la traduccion griega de los Libros santos hecha por los setenta y dos doctores judíos enviados para ello á Egipto, en tiempo de Ptolomeo Filadelfo, doscientos cincuenta años antes de Jesucristo. Segun dicha cronología el nacimiento del Salvador debe fijarse en el año 3504 del mundo, ó en el 3199 segun el antiguo redactor del Martirologio romano: Anno à creatione mundi quando in principio creavit Deus coelum et terram, quinquies millesimo centesimo nonagesimo nono. La segunda cronología se funda en el texto hebreo de los Libros santos, y fija el nacimiento de nuestro Señor en el año 4004 poco mas ó menos, con lo que resulta entre ambas cronologías una diferencia de cerca de mil quinientos años. La razon de ella está en que los Setenta dan á los patriarcas de la primera y de la segunda edad del mundo muchos centenares de años mas que el texto Hebreo.

«Así pues, dice Benedicto XIV, para saber en qué año del mundo nació nuestro Señor, es preciso examinar si debemos seguir el texto Hebreo, con el cual concuerda la Vulgata, ó la version de los Setenta;» nuestra opinion es que es preferible adoptar el de los Hebreos; primeramente porque la Iglesia romana sigue la traduccion llamada Vulgata, hecha por san Jeronimo hace mas de mil trescientos años, y aprobada por el santo Concilio de Trento; debiendo advertir que, como ya hemos dicho, la Vulgata concuerda con el texto Hebreo de la Escritura. En segundo lugar, la traduccion de los Setenta adolece evidentemente de muchos defectos, pues en el cap. iv del Génesis fija la muerte de Mathusalen

Iglesia de Roma pudo saber fijamente el dia del nacimiento de Jesucristo, y participarlo á las demás iglesias, en cuanto dicho nacimiento tuvo lugar al empezarse el censo general ordenado por Augusto y ejecutado en la Judea por Quirino, y esta clase de actos ó documentos públicos se conservaban en Roma cuidadosamente en los archivos del imperio<sup>1</sup>. De todos modos, para hallar el origen de la fiesta de Navidad debemos remontarnos á los primeros siglos<sup>2</sup>.

Esta festividad, una de las más célebres del año, goza de dos privilegios á cual mas gloriosos: el primero, de suspender la ley de la abstinencia, de modo que se puede comer carne durante ella, ya corresponda en viernes ó en sábado<sup>3</sup>; y el segundo de tener los sacerdotes la facultad de decir tres misas; la primera de ellas se dice para celebrar el nacimiento eterno del Hijo de Dios en el seno de su Padre; la segunda, su nacimiento de la bienaventurada Virgen María, y la tercera, su nacimiento espiritual en nuestras almas por medio de la fe y de la caridad.

catorce años despues del diluvio; en efecto, segun los Setenta, Mathusalen engendró á Lamech en el año doscientos sesenta y nueve de su edad, y Lamech engendró á Noé á la edad de ochenta años, de modo que al nacer Noé contaba Mathusalen trescientos cincuenta y cinco años; el diluvio empezó el año seiscientos de la edad de Noé, en cuya época Mathusalen tenia novecientos cincuenta y cinco años; mas como Mathusalen vivió novecientos sesenta y nueve años, resulta que vivió catorce años despues del diluvio, lo que es enteramente falso, pues san Pedro, *Epist. I, viii, 20*, dice categóricamente que solo ocho personas sobrevivieron al diluvio; que fueron Noé, su mujer, sus tres hijos y sus tres mujeres: *Quando expectabant Dei patientiam in diebus Noé, cum fabricaretur arca, in qua pauci, id est octo animæ salvæ factæ sunt per aquam.*

Este error y otros perfectamente acreditados nos hacen decir que entre la grande variedad de opiniones respecto del año del nacimiento de nuestro Señor, opiniones que se elevan á mas de ciento treinta, los eruditos adoptan con preferencia la que fija tan grande acontecimiento en el año 4000 del mundo: *His probe constitutis, dicimus, inter tot varias de natali Christi anno sententias, quas ad centum et triginta duas numerat Michael Mæstlinus, mathematicus et chronologus non incelebris, eam placere magis sententiam eruditus viris, quæ statuit Christum natum esse anno quater millesimo ab orbe condito.* (Bened. XIV, n. 42, 3, 4, p. 409; véase sobre esta cuestion la célebre obra del P. Magnan, de la Orden de Menores, *Problema de anno nativitatis Christi*, Romæ, 1772; y sobre todas las pág. 265-7 y 328).

<sup>1</sup> Serm. XXXI, pág. 466. Quem (censum) testem fidelissimum Dominicæ Nativitatis romana archivia custodiunt. (Tertul. *adv. Marcio*. lib. IV, página 307).

<sup>2</sup> Propter excellentiam festi, dice el papa Honorio III.

<sup>3</sup> S. Aug. *Epist. CXIX, c. 1, 2.*

Antiguamente los sacerdotes podían decir muchas misas al día, según su devoción; el concilio de Salgunstadt, cerca de Maguncia, celebrado en el año 1002, limitó á tres el número de misas para cada día y para cada presbítero; mas el papa Alejandro II, muerto en 1073, cambió esta costumbre, y solo dejó la libertad de decir tres misas durante el día de Navidad. Los sacerdotes harán bien en decir las, mas la Iglesia no les obliga á ello, y una sola basta para cumplir con su precepto.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber enviado para rescatarnos á vuestro divino Hijo; haced que comprendamos, amemos y practiquemos las lecciones que nos da en su pesebre.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, diré con frecuencia: *Divino niño Jesús, haced mi corazón semejante al vuestro.*

LECCION XXIX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Tiempo de Navidad.—Solicitud de la Iglesia.—Fiestas de san Estéban, de san Juan, de los santos Inocentes.—Circuncision.—Razones de esta ceremonia.—Nombre de Jesús.—Sabiduría del eterno Padre.—Nombre de Jesús, su excelencia, su significacion.—Sentimiento que debe inspirarnos.—Antigüedad de la fiesta de la Circuncision.—Aguinaldos.—Felicitaciones de año nuevo.—Práctica útil.

I. Tiempo de Navidad.—La estacion de los hielos continúa; la nieve cubre los campos; las quintas y casas de recreo están huérfanas de sus habitantes; la puerta de las cabañas se abre mas raramente; el labrador, rodeado de su familia, permanece inactivo cerca de la lumbre; los ricos se hallan reunidos en las ciudades donde se multiplican para ellos los bailes, los espectáculos y las fiestas; y mientras que el mundo empuja de placer en placer á sus ruidosos enjambres de adoradores, la Iglesia, como una tierna madre, reúne á sus hijos bajo sus alas y les guía tras el Dios de Belén. Los tiernos misterios de su santa infancia son sucesivamente ofrecidos á sus adoraciones, y en ellos encuentra el rico una leccion de caridad y un modelo de resignacion el pobre; el corazón del rico se deja conmover, porque le piden la limosna en nombre del niño Jesús, y abundantes socorros consuelan á la oscura indigencia que tirita de frio, ó que muere de hambre en su buhardilla desnuda é ignorada.

Mientras duran los rigores del invierno, la caridad del Cristianismo lucha contra el egoismo del mundo, y por esto se han multiplicado en esta estacion nuestras fiestas cristianas, de lo que resulta que la Religion ha hallado un medio de hacer practicar mayor número de buenas obras, y de dar á miles de infortunados algunos momentos de felicidad; siendo de observar que estas fiestas tienen tantos mas encantos, en cuanto existen desde la mas remota antigüedad, y el pobre sobre todo ve con placer, al remontarse á lo pasado, que sus abuelos se regocijaron en la misma época que él.